

EL EQUILIBRIO DE LA BALANZA

ANNE PERRY



Sir Oliver Rathbone es un serio abogado de la época victoriana, que nunca se mezcla en asuntos turbios. Por ello, todo el mundo se extraña cuando acepta defender a la condesa Zorah Rostova, acusada de difamación por haber insinuado que la princesa Gisela ha matado a su esposo, el príncipe Friedrich. El detective William Monk es el encargado de investigar el caso. Tras determinar que sí hubo asesinato, debe descubrir el motivo e identificar al culpable. El equilibrio de la balanza es una nueva incursión de Anne Perry en las luces y las sombras de la Inglaterra victoriana.

Dedicado a Jane Mellow, por su amistad.

Capítulo 1

Sir Oliver Rathbone estaba sentado en su despacho de Vere Street, junto a la plaza de Lincoln's Inn Fields, y contemplaba la estancia con evidente satisfacción. Se encontraba en la cumbre de su carrera, era quizá el abogado más respetado de Inglaterra, y el primer ministro lo había recomendado hacía poco a Su Majestad, quien juzgó conveniente honrarle con el título de sir en reconocimiento a los servicios prestados en favor de la justicia.

La habitación era elegante sin ser ostentosa. Estaba amueblada con la idea de servir al intelecto y a la eficiencia, no con el fin de impresionar a los clientes. La comodidad era justo la necesaria. Al otro lado de la puerta se encontraban las oficinas, abarrotadas de empleados que escribían, calculaban, buscaban referencias, y se mostraban amables con quienes entraban y salían por motivos profesionales.

Rathbone estaba a punto de concluir un caso en el que había defendido a un distinguido caballero acusado de malversación de fondos. No tenía la menor duda de que el resultado sería satisfactorio. Había disfrutado de una exquisita comida en compañía de un obispo, un juez y un veterano parlamentario. Ya era hora de poner toda su atención en el trabajo de la tarde.

Acababa de coger un fajo de papeles cuando su secretario llamó a la puerta y abrió. Su rostro, normalmente imperturbable, mostraba una expresión de sorpresa.

—Sir Oliver, una tal condesa Zorah Rostova desea verlo por un asunto que asegura es de suma importancia... y

cierta urgencia.

—Pues hágala pasar, Simms —ordenó Rathbone. No había necesidad de sorprenderse por la visita de una condesa. No era la primera dama con título nobiliario que buscaba consejo en esas oficinas, y tampoco sería la última. Se puso en pie.

—Muy bien, sir Oliver. —Simms se volvió para hablar con alguien a quien Rathbone no podía ver y, segundos después, una mujer entró en el despacho. Lucía un vestido negro y verde de crinolina, con un aro tan pequeño que apenas merecía ese nombre, y caminaba de un modo tal que podía pensarse que había desmontado de un caballo hacía sólo un momento. Iba sin sombrero, y la melena, que había recogido en un moño suelto, estaba cubierta con una red de chenilla negra. No llevaba puestos los guantes, sino que los sostenía de forma distraída en una mano. Tenía una estatura media, hombros anchos y estaba más delgada de lo aconsejable en una mujer. Sin embargo, era su rostro lo que sorprendía y llamaba la atención. La nariz era un poco demasiado grande y larga, la boca era delicada sin ser hermosa, los pómulos eran muy altos y los ojos estaban muy separados, cubiertos por unos pesados párpados. Su voz era grave, con un ligero acento, y poseía una dicción muy bonita.

—Buenas tardes, sir Oliver. —Se quedó de pie, inmóvil, en el centro de la habitación. Sin molestarse en contemplar la estancia, miró directamente a Rathbone con ojos vivos y curiosos—. Me han demandado por calumnia. Necesito que me defienda.

Nunca nadie se había dirigido a Rathbone con tanta osadía ni con tanta franqueza. Si le había hablado de ese modo a Simms, no era de extrañar que éste se hubiese sorprendido.

—Desde luego, señora —dijo él con soltura—. ¿Querría tomar asiento y explicarme los pormenores? —Le indicó la

espléndida silla tapizada en cuero verde que había frente al escritorio.

Ella permaneció de pie.

—Es muy sencillo. La princesa Gisela... ¿Sabe usted de quién se trata? —Enarcó las cejas. Rathbone vio entonces que sus extraordinarios ojos eran verdes—. Sí, seguro que lo sabe. Bien, pues me acusa de haberla calumniado, y no es cierto.

Rathbone también seguía de pie.

—Comprendo. ¿Qué la acusa de haber dicho?

—Que asesinó a su marido, el príncipe Friedrich, príncipe heredero de mi país, quien abdicó para casarse con ella. Murió la pasada primavera tras un accidente de equitación, aquí en Inglaterra.

—Y, por supuesto, usted no dijo tal cosa.

La condesa alzó un poco la barbilla.

—¡Claro que sí! Pero, según la ley inglesa, si algo es cierto, decirlo no es una calumnia, ¿verdad?

Rathbone se la quedó mirando. Parecía estar del todo tranquila y serena y, sin embargo, lo que acababa de decir era escandaloso. Simms no debería haberla dejado pasar. Evidentemente, estaba desequilibrada.

—Señora, si...

Ella se dirigió hacia la silla verde y se sentó, arreglándose la falda de forma distraída para dejarla en una posición satisfactoria. No apartó la mirada del rostro de Rathbone.

—La verdad sirve como defensa según la ley inglesa, ¿no es así, sir Oliver? —insistió.

—En efecto —admitió él—. Pero uno está obligado a demostrar la verdad. Si carece de pruebas que demuestren su postura, el mero hecho de afirmarlo es volver a calumniar. Claro que no se requiere el mismo grado de veracidad que en un caso penal.

—¿Grado de veracidad? —inquirió ella—. Las cosas son ciertas o falsas. ¿Qué grado de veracidad necesito?

Rathbone regresó a su asiento, se inclinó un poco hacia adelante sobre el escritorio y procedió a explicarse.

—En las teorías científicas resulta imprescindible aportar pruebas que eliminen todo tipo de dudas; habitualmente esto se consigue demostrando que cualquier otra teoría es imposible. En los casos de culpabilidad penal hay que aportar pruebas que estén más allá de toda duda razonable. Éste es un caso civil y será sopesado en la balanza de las probabilidades. El jurado escogerá el argumento que considere más probable.

—¿Eso es bueno para mí? —Preguntó la condesa sin rodeos.

—No. A ella no le resultará muy difícil convencerles de que la ha calumniado. Debe demostrar que usted dijo lo que dijo y que al hacerlo su reputación se ha visto perjudicada. Esto último no será muy complicado.

—Y tampoco lo primero —replicó ella con una leve sonrisa—. Lo he dicho en repetidas ocasiones, y en público. Mi única defensa es que lo que dije es cierto.

—Pero ¿puede demostrarlo?

—¿Más allá de toda duda razonable? —inquirió la condesa, abriendo mucho los ojos—. Todo depende de lo que considere razonable. Yo estoy bastante convencida de que lo hizo.

Rathbone se retrepó en su asiento, cruzó las piernas y sonrió con cortesía.

—Pues convénczame a mí también, señora.

La condesa echó de pronto la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada, un sonido rico y gutural que brotaba con delectación.

—¡Creo que usted me gusta, sir Oliver! —Recobró con dificultad el aliento y la compostura—. Es usted terriblemente inglés, pero estoy segura de que será para bien.

—Desde luego —arguyó él con precaución.

—Faltaría más. Todos los caballeros ingleses deberían ser correctamente ingleses. ¿Quiere que lo convenza de

que Gisela asesinó a Friedrich?

—Si es tan amable —pidió Rathbone con fría formalidad.

—¿Y entonces aceptará el caso?

—Tal vez. —Bien mirado, el asunto parecía absurdo.

—Es usted muy cauteloso —dijo ella en tono divertido—. Muy bien. Comenzaré por el principio. Supongo que es lo que desea. No puedo imaginarle a usted empezando por ningún otro sitio. Personalmente, preferiría comenzar por el final; de ese modo resulta mucho más fácil de entender.

—Comience por el final si lo prefiere —se apresuró a decir Rathbone.

—¡Bravo! —La condesa hizo un gesto de aprobación con la mano—. Gisela comprendió la necesidad de matarlo y, casi de inmediato, se le presentó la oportunidad en bandeja de plata. No tenía más que aprovecharla. Friedrich había sufrido un accidente de equitación. Guardaba cama, desvalido. —Bajó la voz y se inclinó un poco hacia adelante—. Nadie sabía con exactitud lo grave que estaba, ni si se recuperaría o no. Ella se encontraba a solas con él. Lo mató. ¡Ahí lo tiene! —Extendió las manos—. Ya está. —Se encogió de hombros—. No sospecharon de ella porque nadie podía imaginar algo semejante, y además tampoco sabían si su estado era muy grave. Murió a causa de las heridas. —Torció la boca—. Tan natural. Tan triste. —Suspiró—. Ella está destrozada. Lloro a su difunto y el mundo entero llora con ella. Nada podría ser más fácil.

Rathbone contempló a la extraordinaria mujer que estaba sentada frente a él. Aunque no era hermosa, desprendía una vitalidad, incluso cuando estaba en calma, que atraía la mirada como si fuese el centro natural de atención. Sin embargo, lo que decía era algo horrible, y casi con total seguridad, se trataba de una calumnia en términos legales.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Rathbone escéptico.

—Ah, para eso creo que debo remontarme al principio —repuso compungida la condesa, reclinándose y mirándolo con aires de profesora—. Disculpe si le cuento algo que ya sabe. A veces creemos que nuestros asuntos son de tanto interés para los demás como para nosotros mismos, y desde luego no es así. Sin embargo, casi todo el mundo conoce la historia de amor de Friedrich y Gisela, y cómo nuestro príncipe heredero se enamoró de una mujer que su familia no aceptaba y prefirió renunciar a su derecho al trono antes que abandonarla.

Rathbone asintió. Por supuesto, aquella historia había fascinado y encandilado a toda Europa; se trataba del idilio del siglo, y por ello acusar a aquella mujer de asesinato resultaba absurdo e increíble. Sólo su natural buena educación le disuadía de hacer callar a la condesa y pedirle que se marchara.

—Debe comprender que nuestro país es muy pequeño —continuó ella. Sus labios delataban el placer que sentía al advertir el escepticismo de Rathbone pero, con todo, su voz también revelaba apremio, como si a pesar de entender su postura le importara sobremanera que él le creyera—. Está situado en medio de los estados germánicos. —Su mirada no se apartaba del rostro del abogado—. Por todas partes nos rodean otros protectorados y principados. Es un período de gran agitación para todos. Igual que para gran parte de Europa. Pero, al contrario que Francia o Inglaterra o Austria, nosotros nos enfrentamos a la posibilidad, lo queramos o no, de pasar a formar parte del gran estado alemán. A algunos les gusta la idea. —Endureció el gesto—. A otros no.

—¿De verdad tiene eso algo que ver con la princesa Gisela y la muerte de Friedrich? —interrumpió el abogado—. ¿Me está diciendo que fue un asesinato político?

—¡De ninguna manera! ¿Cómo puede ser tan ingenuo? —espetó ella con exasperación.

De pronto, Rathbone se preguntó qué edad tendría aquella mujer. ¿Qué le había sucedido en la vida? ¿A quién había amado u odiado, qué sueños extravagantes había perseguido y alcanzado o perdido? Se movía como una mujer joven, con gracia y orgullo, como si tuviese un cuerpo ágil. No obstante, su voz no tenía el timbre de la juventud, y sus ojos poseían demasiada sabiduría, demasiada inteligencia y seguridad.

La primera respuesta que se le ocurrió era cortante, y temió parecer ofendido, así que cambió de opinión.

—El jurado será ingenuo, señora —observó, manteniendo con cuidado un rostro inexpresivo—. Explíqueme, explíquenos, al jurado y a mí, por qué la princesa, por quien el príncipe Friedrich renunció a la corona y a su país, habría matado de pronto a su marido tras doce años de matrimonio. A mí me parece que se arriesgaba a perderlo todo. ¿Cómo va a convencerme de lo contrario?

Fuera, el grito de un cochero se elevó entre el sonido gris del tráfico.

La alegría desapareció de los ojos de la condesa.

—Retomemos el tema de la política —dijo—, pero no porque el crimen fuese político. Al contrario, fue totalmente personal. Gisela es una mujer muy materialista. Hay muy pocas mujeres que se inmiscuyan en política, ¿sabe? La mayoría tenemos demasiado en cuenta lo inmediato y somos demasiado prácticas. De todos modos, eso no es ningún crimen. —Cambió de tema—. Debo explicarle la situación política para que comprenda lo que Gisela podía perder... y lo que podía ganar. —Se enderezó un poco en la silla. Incluso el pequeño aro de la falda parecía molestarle, como si fuera una afectación de la que preferiría haber prescindido.

—¿Le apetece un té? —Ofreció Rathbone—. Puedo pedirle a Simms que traiga un par de tazas.

—Seguro que hablaría demasiado y se me enfriaría —contestó ella—. No soporto el té frío. Pero le agradezco el

ofrecimiento. Es usted muy cortés, muy correcto. Nada lo perturba. Ésa es la flema por la que tan famosos son los ingleses. Me resulta exasperante y encantador al mismo tiempo.

Rathbone se ruborizó sin querer, lo cual le disgustó.

Ella pasó el hecho por alto, aunque no cabía duda de que se había dado cuenta.

—El rey Karl no goza de buena salud —prosiguió—. Nunca la ha tenido, y francamente, todos sabemos que no vivirá más de dos o tres años, como mucho. Al haber abdicado Friedrich, le sucederá su hijo pequeño, el príncipe Waldo. Waldo no está en contra de la unificación. Cree que ofrece ciertas ventajas. Es incuestionable que oponerse a ella presenta muchos inconvenientes, como la posibilidad de una guerra que acabaríamos perdiendo. Los únicos que sin duda se beneficiarían serían los fabricantes de armas y gente de esa calaña. —Su semblante mostraba un marcado desdén.

—La princesa Gisela. —Rathbone la hizo regresar al tema.

—Ahora iba a hablar de ella. Friedrich era partidario de la independencia, incluso al precio de la lucha. Muchos de nosotros estábamos de su parte, sobre todo en la corte y en las esferas más próximas.

—¿Y Waldo no? ¿No sería él quien más tenía que perder?

—Cada cual entiende el amor a su país de forma diferente, sir Oliver —repuso la condesa con repentina seriedad—. Para algunos puede ser luchar por la independencia, incluso dar la vida por ella si es necesario. —Lo miraba de hito en hito—. Para la reina Ulrike es vivir de una forma determinada, ejercitar el control de uno mismo, el dominio de la voluntad, pasar toda la vida intentando intrigar y coaccionar para obtener lo que considera correcto. Asegurarse de que todo el mundo se comporta de acuerdo con un código de honor que ella aprecia por encima de todas las

cosas. —Lo observaba detenidamente, sopesando su reacción—. Para Waldo significa que su pueblo tenga pan en la mesa y pueda dormir sin miedo por la noche. Creo que también le gustaría que todos leyesen y escribiesen lo que quisieran, pero eso ya sería pedir demasiado. —En el fondo de sus ojos verdes se apreciaba una tristeza indescifrable—. No se puede tener todo. No obstante, creo que Waldo debe de ser más realista. No permitirá que nos ahogemos intentando retener una marea que según él nos inundará hagamos lo que hagamos.

—¿Y Gisela? —insistió Rathbone, para retomar el tema.

—¿Gisela no sabe lo que es el patriotismo! —Espetó la condesa, con el semblante rígido—. Si lo supiera, no habría intentado convertirse en reina. Quería serlo por motivos personales, no por su pueblo, ni por la independencia o la unificación, ni por nada político o nacional, sólo porque le resultaba atractivo.

—No la tiene en mucha estima —observó Rathbone con suavidad.

La condesa sonrió, su rostro se transformó por completo, pero detrás de la sonrisa se escondía una ira implacable.

—No la soporto. Pero eso no viene al caso. No implica que lo que yo diga sea cierto o falso...

—Pero influirá en el jurado —apuntó Rathbone—. Quizá piensen que habla movida por la envidia.

Se quedó callada durante un instante.

Él esperó. No llegaba hasta ellos ni un solo sonido desde el otro lado de la puerta, aunque el tráfico de las calles seguía produciendo un rumor constante.

—Tiene razón —admitió ella al fin—. Qué tedioso resulta tener que preocuparse de cosas tan lógicas, pero comprendo que es necesario.

—Volvamos a Gisela, si es tan amable. ¿Por qué querría matar a Friedrich? ¿Tal vez porque él estaba a favor de la independencia aun al precio de entrar en guerra?

—No. Aunque, indirectamente, sí.

—Muy bien —comentó Rathbone con un deje sarcástico—. Explíquese, por favor.

—¡Es lo que intento! —La avidez ardía en su mirada—. Existe una facción considerable que lucharía por la independencia. Necesitan a un líder alrededor del que organizarse...

—Comprendo. ¡Friedrich, el primer príncipe heredero! Pero abdicó. Vivía en el exilio.

Ella se inclinó hacia delante, con el rostro marcado por la ansiedad.

—Pero podía regresar.

—¿Podía? —Rathbone dudaba de nuevo—. ¿Y Waldo? ¿Y la reina?

—¡Exacto! —Exclamó, casi exultante—. Waldo se opondría, no por la corona, sino para evitar la guerra contra Prusia o quienquiera que fuese el primero en intentar absorbernos. Sin embargo, la reina se aliaría con Friedrich por la causa de la independencia.

—Entonces Gisela se convertiría en reina tras la muerte del rey —apuntó Rathbone—. ¿No ha dicho que era eso lo que deseaba?

Ella lo contemplaba con un resplandor en la mirada, verde y brillante, pero su rostro reflejaba una paciencia a toda prueba.

—La reina no toleraría que Gisela regresara al país. Si Friedrich quería regresar, debía de hacerlo solo. Rolf Lansdorff, el hermano de la reina, que tiene muchísimo poder, también apoyaba el regreso de Friedrich, pero nunca habría aceptado a Gisela. Cree que Waldo es débil y que nos llevará a la ruina.

—¿Y Friedrich habría vuelto sin Gisela por el bien de su país? —inquirió Rathbone, dubitativo—. Ya había renunciado al trono por ella. ¿Iba a echarse ahora atrás?

La condesa no dejaba de mirarlo. Tenía una cara extraordinaria, llena de fuerza, de convicción, de emoción y voluntad. Cuando hablaba de Gisela resultaba grotesca: la na-

riz demasiado grande, los ojos demasiado separados. Cuando hablaba de su país, del amor, del deber, era hermosa. Comparada con ella, cualquier otra persona parecía poco generosa, insípida. Rathbone no parecía ser consciente del ruido del tráfico al otro lado de la ventana, del chacoloteo de las herraduras, de los ocasionales gritos, del sol sobre el cristal, o de Simms y el resto de empleados de la oficina al otro lado de la puerta. En lo único que pensaba era en un pequeño principado germánico, en la lucha por el poder y la supervivencia, en los amores y los odios de una familia real y en la pasión que encendía a esa mujer que tenía delante, que la hacía más excitante y más profundamente viva que cualquier otra persona en la que pudiera pensar. Lo sentía como una oleada que le recorría las venas.

—¿Lo haría? —insistió.

Una curiosa expresión de dolor y lástima, casi vergüenza, asomó en la cara de la condesa. Por primera vez no lo miró de frente, como si desease poner a salvo sus verdaderos sentimientos de la percepción del abogado.

—Friedrich siempre ha estado convencido de que su país lo reclamaría algún día y de que, llegado el momento, aceptarían también a Gisela y reconocerían lo mucho que valía. Es decir, que la verían como él la veía, y no como es en realidad. Vivía con esos sueños. A ella le aseguró que las cosas sucederían de ese modo. Cada año decía lo mismo. —Sus ojos se encontraron con los de Rathbone—. Así que, para contestar a su pregunta, le diré que Friedrich no pensaba que regresar a Felzburgo supusiera retractarse de su compromiso con Gisela, sino que lo imaginaba como un regreso triunfal con ella a su lado, reivindicando todo lo que él siempre había defendido. Pero ella no es tonta. Sabía que eso nunca sería así. Él regresaría y a ella le negarían la entrada, la humillarían públicamente. Él quedaría aturdido, consternado, turbado, pero para entonces Rolf Lansdorff y

la reina ya se habrían ocupado de que no renunciara por segunda vez.

—¿Cree que es eso lo que habría sucedido? —preguntó Rathbone con calma.

—Nunca lo sabremos, ¿no es cierto? —dijo la condesa con una curiosa y sombría sonrisa—. Está muerto.

El impacto de estas últimas palabras golpeó al abogado repentinamente y con fuerza. El asesinato ya no parecía tan poco razonable. Otras personas habían matado por muchísimo menos.

—Comprendo —dijo sobriamente—. Eso construye un argumento muy fuerte que cualquier jurado formado por hombres de la calle entendería. —Juntó las manos formando un ángulo y apoyó los codos sobre la mesa—. Bien, ¿por qué deberían creer que fue la desgraciada viuda la que cometió el asesinato y no algún seguidor del príncipe Waldo o de cualquier otra potencia alemana que creyera en la unificación? A ellos tampoco les faltan buenos motivos. Se han cometido incontables asesinatos para ganar o perder reinos, pero ¿llegó Gisela a matar a Friedrich ante la posibilidad de perderlo?

Los dedos fuertes y delgados de la condesa asieron los brazos de la silla de cuero al inclinarse hacia Rathbone con expresión atenta.

—¡Sí! —dijo con firmeza—. A ella Felzburgo, o cualquiera de nosotros, le importamos un comino. Si él hubiera regresado y renunciado a ella, por propia voluntad o por coacción (eso da lo mismo, el mundo no lo sabría ni se preocuparía en saberlo), el sueño se habría venido abajo, la gran historia de amor se habría roto en pedazos. Ella se convertiría en una figura patética, incluso ridícula, una mujer abandonada después de doce años de matrimonio; y no se encuentra ya, precisamente, en la flor de la juventud.

Los ángulos de su cara se acentuaron, su voz se ensombreció.